

25 DE JUNIO

1661. Por Real Cédula fueron llamados a España el doctor Lucas Fernández Piedrahíta y el racionero doctor Cristóbal de Araque Ponce de León, rector del Colegio del Rosario por voluntad del fundador.

1756. Nació en Girón el presbítero doctor Eloy Valenzuela, colegial, catedrático y vicerrector del Colegio, subdirector de la Expedición Botánica y cura de Bucaramanga durante 48 años, hasta su muerte a manos asesinas en 1834.

1820. En el combate de Tenerife que se libró en este día venció el coronel Hermógenes Maza al jefe español Vicente Villa, de los españoles prisioneros sólo escapó de la muerte don Juan Sordo, por haber sido maestro del jefe patriota.

26 DE JUNIO

1781. Carta del arzobispo doctor Antonio Caballero y Góngora al rector del Colegio del Rosario en la cual censuraba la indumentaria del colegial Andrés María Rosillo, especialmente la "capa encarnada y otros indicantes de irregular lucimiento, como el culto pelo y su coleta".

27 DE JUNIO

1801. Carta de Mutis al barón de Humboldt, quien se había detenido en Guaduas en su viaje hacia el Sur por enfermedad de su compañero Amadeo Bonpland.

1811. Fue ascendido a teniente Hermógenes Maza.

28 DE JUNIO

1757. Nació en Cali Fray Pedro Herrera Riascos, benemérito patriota rosarista y segundo rector del Colegio de Santa Librada de Cali.

1830. Murió en Barnes (Inglaterra) el poeta y ex-presidente rosarista José Fernández Madrid.

29 DE JUNIO

1783. Tomó el hábito franciscano en el convento de Cali Fray Pedro Herrera Riascos.

1850. Murió en Bogotá el presbítero doctor Vicente Antonio Gómez Polanco, natural de La Plata (1768) y rector del Colegio del Rosario de 1841 a 1843.

30 DE JUNIO

1771. Fue bautizado en Tunja el presbítero Pedro José Ortega, colegial y doctor del Rosario.

1784. Profesó en la Orden Seráfica Fray Pedro Herrera Riascos.

1794. Carta del sabio Mutis al virrey don José de Ezpeleta sobre el examen que había presentado el P. Miguel de Isla, de cuyos talentos, aplicación y felices progresos hace encarecido elogio.

JULIO CESAR GARCIA,
Catedrático de Historia Nacional y de
Historia de América en este Claustro.

LA CAPILLA DEL ROSARIO DE SANTA FE

Por MANUEL JOSE FORERO

Intimamente unida a la magna historia del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en Bogotá, se encuentra la Capilla anexa al claustro erigido por el religioso dominicano y arzobispo fray Cristóbal de Torres.

Cuando la ciudad apenas contaba escasos millares de habitantes, era mayor el número de sus grandes árboles que el de sus vecinos, y los límites del poblado estaban definidos por los cauces del San Francisco y el San Agustín, tuvo el prelado español la idea de construir en Santafé un Colegio Mayor semejante a los ilustres de la Península.

Como quien era conocedor de las costumbres cortesananas, pues durante varios años frecuentó la compañía de hidalgos y poderosos al lado de los reyes, fray Cristóbal de Torres dirigió sabiamente memoriales y recomendaciones en pro de la iniciativa, y obtuvo los pareceres justos y los dictámenes favorables enderezados a realizarla.

Según lo ha demostrado con claridad un discretísimo vicerrector del Colegio, el laureado Rafael Gómez Hoyos, la fundación comenzó a tener vida real el 18 de diciembre de 1653 y vida jurídica el 17 de enero de 1654. Su apreciación es exacta cuando observa que "muy pocas instituciones de altos estudios pueden ostentar en la América hispana los títulos de antigüedad y de continuidad histórica del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Durante tres siglos, y a través de las más complejas vicisitudes de nuestra vida nacional, el Instituto fundado por el gran arzobispo ha sido siempre faro de luz para las generaciones colombianas".

Y agrega el historiador más reciente del Claustro, que tales generaciones "han sabido corresponder a los anhelos del fundador cuando aspiraba a que se formaran en él personas mayores, escogidas para sacar en ellas varones insignes, ilustradores de la república con sus letras y con los puestos que merecerán en ellas". Cronológicamente el Colegio del Rosario nació en mitad del colinaje, y no podrá morir sino cuando cierre los ojos la patria.

Cátedras de Cánones, Leyes y Medicina ambicionaba el fundador para su Colegio, pues cada una de tales especialidades señalaba una necesidad del Nuevo Reino en su foco más culto. Llama singularmente la atención

su empeño en pro de la ciencia del cuerpo humano, pues aquella época era en España propicia a los disparates engolados del doctor Sangredo y distante de los altos conceptos científicos precursores de la medicina del siglo diez y nueve.

Si en España disfrutaban del aprecio común y del respeto general los majestuosos dómicos a quienes bastaba recetar a cada paso sangrías y agua caliente para colmar de dineros sus amplios bolsillos de hopalanda, en Santafé y Cartagena, Cali y Pasto, Santa Marta y Popayán pululaban los matasanos a quienes la credulidad otorgaba un mérito harto lejano de sus conocimientos efectivos. Las callejas de Segovia y de Valladolid en España conocían el rumor de los pasos de aquel mencionado doctor Sangredo a quien hizo inmortal Gil Blas de Santillana en su autobiografía; y nuestras villas granadinas no ignoraban el andar de los inductos yerbateros en cuyas personas se dieron cita increíble muchas veces la picardía y el buen sentido.

Equivocado sería hablar del interior solamente, al referirnos a la Capilla del Rosario, por más atrayente y venerado que él sea, pues tenemos en la misma portada una de las grandes manifestaciones del arte hispánico en el centro de la gobernación virreinal. A Don Antonio de Pimentel, santafereño instruido tal vez mediante su propio esfuerzo personal en el arte escultórico, fue debida la ejecución del altorrelieve magnífico visible sobre la generosa puerta del templo.

La Virgen Santísima se encuentra sentada y sostiene sobre sus rodillas al Niño Jesús; a su lado se prosternan Santo Domingo de Guzmán, Santa Catalina de Sena, Santo Tomás de Aquino y Fray Cristóbal de Torres. La Reina del Rosario entrega esa cadena maravillosa de oración y alabanza al fundador de la Orden de Predicadores, mientras el Infante Divino presencia la escena con ojos apacibles y tiernos. Serafines simbolizados suavemente y envueltos en las nubecillas convencionales del arte cristiano complementan con gracia exquisita este conjunto digno de admiración suma.

Las expresiones con que quiso destacar el escultor Pimentel la personalidad de quienes allí se encuentran agrupados noblemente, constituyen uno de los aciertos de la obra de arte de esta portada.

Lamentaban en 1934 los autores de la *"Iniciación de una Guía de arte colombiano"* la circunstancia de que la materia aprovechada por Pimentel para este retablo estupendo hubiese tenido la breve consistencia manifiesta. "La manera artificiosa como trabajó Pimentel sus obras facilitó su ejecución, sí; pero no garantizó su duración. Después de esbozada la figura sobre el barro y endurecida por el fuego era cubierta con estuco para imitar el mármol". Ni echaremos la culpa al artista —ya que su mérito fue tanto— sino a las dificultades ambientales, caudalosas y magnas.

Perpetuado su nombre gracias a la primorosa labor de sus manos, Don Antonio de Pimentel seguirá recibiendo el homenaje de gratitud de los bogotanos, como su insigne compatriota Don Gregorio Vásquez. La

casa de oración recibió el mayor donativo artístico del escultor en tanto que los aposentos del Colegio convertidos en aulas se colmaban de inquietud intelectual a fines del siglo diez y siete.

En el claustro rosarista dictaron lecciones ciertamente fundadas por algunos profesores españoles a quienes hizo venir de la Península el prestigio de fray Cristóbal de Torres y de sus ilustres sucesores durante la dominación hispana. Allí alternaron entonces, en los siglos diez y siete y diez y ocho, los estudiantes de derecho civil con los de química y terapéutica según eran entendidas otrora especialidades tan ilustres. Nos place imaginar, cuando tomamos en nuestras manos un libro científico de aquella edad, el rostro severo del catedrático, la atenta curiosidad de los discípulos, el ambiente sosegado y lento propio de la vieja sociedad santafereña.

Muchas veces dilataron sus ecos las campanas de la Capilla del Rosario mientras el doctor José Celestino Mutis dictaba lecciones inflamadas en amor a la ciencia y a la Nueva Granada. La voz del buen sacerdote de Cádiz se confundió mil veces con el tañido de aquellos bronces: eran la religión y la ciencia provenientes de España adoctrinando a los criollos para las insignes faenas del porvenir.

Oleos de dudoso mérito adornaron los muros de este pequeño templo e hicieron guardia de honor a La Bordadita, imagen de Nuestra Señora que fue bordada por manos reales —según tradición secular—. Ciertamente, no parece haber sido grande la riqueza del claustro rosarista en dones artísticos, excepción hecha de algunos cuadros de conocidos pintores cuyo recuerdo figura en la historia colonial. Tal es el caso de Baltasar de Figueroa.

Insiste nuestra pluma en hablar de La Bordadita, pues evocamos la capilla que le fue consagrada. La bondad de aquella Virgen enalteció las cualidades más íntimas de los hijos del Colegio, bendijo sus esfuerzos intelectuales, multiplicó el número de sus triunfos. La aristocracia santafereña asistió a las festividades de octubre en honor de La Bordadita y fue presidida por el excelentísimo señor virrey y acompañada por los señores oidores, y escoltada por oficiales y soldados venidos de Toledo y Sevilla, Córdoba, Madrid y Valencia... Verosímelmente suponemos que al ser proclamada la libertad del Nuevo Reino los fundadores de Colombia consagraron a La Bordadita sus actuaciones y empeños, y le tributaron el homenaje de su reverencia más viva.

Ante la imagen que embellece esta antigua capilla del Rosario se postraron en oración devota Francisco José de Caldas y Camilo Torres, cuando llegaron a continuar sus estudios en el antiguo claustro vislumbrado como faro de luz eterna desde la remota Popayán. Trocados en próceres, y sentenciados a muerte, pasaron aquí la última noche, y acariciaron con miradas de amor este rostro materno en cuyos ojos creyeron verse copiados tantas veces! Al decir adiós al Colegio en donde vivieron para el estudio y la república, se despidieron también de los muros sagrados que les enseñaron a no temer la muerte sino la deshonra ciudadana.

Cuando el Colegio fue convertido en prisión por los pacificadores de 1816, la Capilla del Rosario presencié las horas postreras del vivir patriota, cifrado en la inerme juventud de Policarpa Salavarrieta o en la gallarda serenidad de Jorge Tadeo Lozano y Manuel Bernardo Alvarez. De esta suerte, si la ermita de la Veracruz recogió los cuerpos inanimados de los mártires, la capilla rosarista percibió los últimos acentos salidos de su boca.

La República ha sido fiel a los grandes títulos del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, a sus vigorosas lecciones, a sus firmes ejemplos. Cuando los terremotos de 1917 arruinaron la majestuosa fábrica granadina, su Rector aprovechó tamaña desventura para levantarla y magnificarla por la segunda vez. Monseñor Rafael María Carrasquilla, una vez cumplida la magna tarea de su corazón, quiso dormir al lado derecho del altar restaurado.

Ahora guarda este terrón secular un prelado de finas y preclaras dotes mentales. Como sus predecesores quiere mantener intacta la tradicional estructura. Monseñor José Vicente Castro Silva, elocuente en la palabra y austero en la vida virtuosa, cumple uno de sus mayores propósitos al conservar para la fe y para la república el tesoro de fray Cristóbal de Torres.

MANUEL JOSE FORERO

De la Academia Colombiana
de Historia.

INFORME DE LAS LABORES DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS DE LA BORDADITA, DURANTE EL AÑO DE 1949

Por CECILIA Hz. de MENDOZA

Surgió la idea del Colegio de la Bordadita, como la ilusión maravillosa de una gran aventura en la mente de dos mujeres con un mismo ideal: dar a las juventudes femeninas una formación integral, abrir a sus mentes horizontes de luz, hacerlas caminar por rutas distintas a las ya conocidas, apoyadas en la eterna luz del Evangelio.

La maravillosa aventura no fue detenida, en su poderoso impulso por valla alguna, por problemas ni obstáculos. Sin apoyo distinto al de nuestras fuerzas, nació la Bordadita, como nace la fuente clara y brota espontánea de dos montes.

Acogióse la nueva fundación a la sombra protectora de la Virgen del Rosario, llamada tradicionalmente La Bordadita por alumnos y profesores del Colegio Mayor. Confúndense en este nombre nuestros propósitos y nuestras más hondas creencias. Creencias de católicas, de cristianas para quienes el hombre si lo ha de ser integralmente debe allegarse al Infinito y contemplar en sí su Infinito destino; propósitos de trabajar para Colombia, de la misma manera que lleva esta Virgen un nombre colombiano; fe y amor a la tradición que Ella encarna, sed de sabiduría que Ella bendice desde el altar

mayor de su capilla, vinculación a la verdad de la historia y de la raza que Ella simboliza, ya que su imagen fue bordada en sedas de colores por la reina Mariana de Austria, esposa de Fernando III para la fundación del Colegio Mayor del Rosario de Santa Fe de Bogotá, gratitud de una de las directoras, doctora de dicho Colegio Mayor, ejemplo presente a las mentes juveniles, de la mujer perfecta, de la Madre de Dios. Pero nunca fue nuestra intención apropiarnos un nombre ajeno, sino acogernos a la misma gloriosa tradición, a los mismos fines de fray Cristóbal de Torres: pedimos por tal manera, respetuosamente, permiso al muy ilustre rector del Rosario para hacer la designación de nuestra obra, el cual nos fue otorgado con beneplácito.

El Colegio de la Bordadita posee dos secciones: una para formar bachilleres y otra para estudios universitarios. Al crear el colegio de bachillerato nos propusimos no cambiar el pénsun oficial sino completarlo en algunos aspectos, tales como apreciación musical, historia del arte, dibujo artístico, castellano intensivo y latín; estudio del francés, exámen psicológico de las alumnas, profesorado universitario.

*

UNIVERSIDAD

La sección universitaria ha funcionado en 1949 con la Facultad de Filosofía y Letras. Esta Facultad no piensa competir con ninguna de las existentes, ya que tanto la de la Universidad Javeriana como el Instituto de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, tienden a profundizar los estudios de filosofía,

mientras la nuestra, sin abandonarlos, procura dar al alumnado otras especializaciones.

En efecto, como los conocimientos humanos no pueden ser abarcados totalmente en cuatro años de estudios, hemos creado una especialización central: La de